

ESTUDIOS

Asaltando muros De movimientos sociales a movimientos sociopolíticos (2011–2014)

Xavier Domènech Sampere. Universitat Autònoma de Barcelona

*"Tigre, tigre, que te enciendes en luz
por los bosques de la noche
¿qué mano inmortal, qué ojo
pudo idear tu terrible simetría?"*

(William Blake, 1794. Frase código de Anonymus durante las movilizaciones de 2011–2012)

La crisis, entendida aquí no tan sólo en su aspecto económico, sino en su vertiente orgánica, es decir, como gran transformación social, cultural y política, ha supuesto una mutación en el campo de los movimientos sociales en la que todavía nos encontramos. Es difícil determinar ahora hacia dónde nos llevan estos cambios, pero sí que podemos apuntar ya algunas tendencias y, sobre todo, ver cómo estos han entrado en una nueva fase de su historia.

Nada parece ya ser como antes y los viejos esquemas de análisis sobre el carácter de los movimientos sociales en occidente –análisis que eclosionaron durante la década de los setenta y se hicieron fuertes durante la década de los ochenta y noventa– han envejecido a marchas forzadas. Estos esquemas provenían de la idea de una actuación de los

movimientos sociales en el marco de sistemas políticos más o menos estables. Contexto en el que los movimientos sociales “clásicos”, aquí centralmente el movimiento obrero y también a otra escala el movimiento vecinal, participaban de una estrategia neocorporativa de concertación con el Estado y las patronales. Mientras, por otro lado, lo que se convino en llamar Nuevos Movimientos Sociales (NMS) de carácter “postmaterialista” (en este caso en un corte demasiado forzado entre lo viejo y lo nuevo se incluían movimientos como el ecologista, el feminismo, el pacifismo y ya en último término los movimientos antiglobalización a caballo del cambio de milenio) incluían nuevas cuestiones en las agendas políticas. Aunque, de todas formas, parecía que sus impactos eran cada vez menos políticos y más culturales, privilegiando así el análisis de las redes que les daban forma, las identidades implicadas y su incidencia en las transformaciones socioculturales. Todo ello partiendo del presupuesto de fondo que nos encontrábamos en un contexto de sociedades integradas, estables y en evolución más o menos armoniosa. Todo esto, como tantas otras cosas, se ha venido abajo.

La crisis y los movimientos sociales: entre lo nuevo y lo viejo

El impacto de la crisis iniciada en 2008, ahora ya hace seis años, dejó en primer término a nuestras sociedades en un estado de expectación. La catástrofe financiera, y los tonos apocalípticos que tomó para obligar a la mayor transferencia de recursos públicos de la historia contemporánea al sector financiero, dejó poco espacio a la reacción contra ello. Es más, inicialmente, parecía que la misma fallida del sistema financiero auguraba una segunda juventud a Keynes, tan denostado desde la hegemonía neoliberal. Eran los momentos en los cuales se reunía de urgencia el G-20 con la promesa, en boca de nada menos que un conservador como Sarkozy, de refundar el capitalismo. Pero todo eso pasó y lo que vino inmediatamente fue una culpabilización de la crisis dirigida ya no a los grandes poderes financieros y a aquellos que los habían mimado durante años, sino hacia las poblaciones y entre ellas especialmente de las capas populares. El problema de la crisis residía en haber vivido por encima de nuestras posibilidades y, especialmente, en el mantenimiento de unos derechos sociales que, ahora, atrapados en la trampa de la deuda pública, se consideraban “insostenibles”. Fue a partir de este momento que la “crisis” entró de lleno en el corazón del pacto social y, más allá, en la misma concepción de lo que era la democracia. El primer movimiento social interpellado en este sentido parecía que no podía ser otro que el más clásico de todos los movimientos: el movimiento obrero.

Si la crisis ya estaba devastando los tejidos sociales en forma de paro, recortes de las rentas salariales y cierre de pequeñas y medianas empresas, el

gran cambio en aquello que se refería al pacto social sobrevino en mayo de 2010. En una semana de ataques de los mercados financieros contra la deuda pública española, con el Banco Central Europeo (BCE) haciendo explícito que no pensaba apoyarla sin recortes drásticos y con llamadas a José Luís Zapatero de Sarkozy, Merkel, Obama y el Primer Secretario del Partido Comunista Chino, para convencerle de que no había otra salida, se decidió un cambio de rumbo radical. Recortes en las pensiones, en los servicios sociales y reforma laboral, entre otras medidas, parecían llevar a un ciclo de una conflictividad laboral desconocido hasta entonces.

Los sindicatos mayoritarios inicialmente se mostraron muy dubitativos. Su estrategia al principio de la crisis, desde el 2008 hasta ese fatídico mayo de 2010, no había sido otra que intensificar la concertación con el gobierno para intentar reducir los efectos de la crisis entre los trabajadores. Era una estrategia defensiva, ante una realidad que significaba un cambio de ciclo que difícilmente se podía afrontar en todas sus consecuencias con los esquemas y formas de actuación del período anterior, del mundo anterior, a 2008. Pero si el giro dado por el gobierno en mayo de 2010 no encontraba una respuesta sindical también se incurría en el peligro de quedar absolutamente desarbolados como representantes de los trabajadores. Con ello vino la primera huelga general del ciclo con la convocatoria del 29 de septiembre de 2010. Huelga que mostró que la capacidad de movilización entre el gran tejido industrial permanecía intacta, y otras cosas como veremos más adelante, pero que mantuvo un bajo perfil discursivo en aquello que se refería a las organizaciones sindicales mayoritarias. El problema residía en que estas organizaciones no querían acarrear a sus espaldas la más que probable derrota del gobierno Zapatero en manos de un Partido Popular que podía hacer más dura la política de recortes de derechos sociales. De hecho, esa huelga no supuso un cambio de marco en la orientación de los grandes sindicatos. Hecho que quedó claro cuando estos volvieron a la política de concertación acordando una medida tan polémica como la firma de los acuerdos con el gobierno que permitían aumentar la edad de jubilación y reducir la prestación percibida a finales de enero de 2011. Pero el problema iba más allá de esta orientación. El hecho es que la huelga general de 2010 tenía un carácter completamente diferente a cualquier huelga anterior a las vividas desde la transición hasta ese momento. Esa huelga no se enfrentaba sólo a un gobierno, ni tampoco sólo a los intereses de las patronales españolas, sino directamente a las directrices impuestas desde los mercados financieros y los grandes dirigentes del orden mundial. Era una huelga que se daba en un contexto completamente diferente al del binomio conflicto-concertación, su

La huelga general de 2010 tenía un carácter diferente a cualquier huelga anterior: se enfrentaba a las directrices de quienes dirigen el orden financiero mundial

dialéctica tenía lugar en el marco de la ruptura del pacto social fundacional de nuestra sociedad, en el marco de la ruptura de los mecanismos democráticos más básicos. Se evidenció entonces que con ella no era suficiente y de hecho, después de los pactos de enero de 2011 entre sindicatos y gobierno, parecía que ya no habría más respuestas. Fue justo en ese momento que irrumpió uno de los fenómenos más espectaculares en el campo de la protesta social que se ha vivido en este país y a nivel mundial: el 15M.

La irrupción de un nuevo tipo de movimiento de protesta

Que algo estaba cambiando subterráneamente en el campo de los movimientos de protesta ya se podía vislumbrar con anterioridad. La misma huelga general de septiembre 2010 con la experiencia del Banco Ocupado en la Plaça Catalunya, que atrajo a millares de personas en sus días previos, y la visualización de un escenario aparentemente insurreccional en el centro de Barcelona durante el día de la huelga, así parecían indicarlo. Fenómenos que se daban paralelamente a la articulación de asambleas de barrio en casi toda la ciudad. Muchas de ellas relacionadas más o menos tenuemente con el movimiento vecinal tradicional, otras no, pero en todo caso este movimiento de barrios conseguía conectar en el espacio vivencial lo que en el espacio laboral se estaba perdiendo: jóvenes con trayectorias laborales, cuando las había, cada vez más segmentadas. Y si esto es lo que estaba sucediendo en la capital de Catalunya, produciendo a su vez el 1º de mayo de 2011 alternativo más grande de los últimos tiempos, en la capital del Estado, Madrid, también nuevos elementos estaban eclosionando. En esta última ciudad lo que marcó el inicio fue la creación de *Juventud Sin Futuro* y la manifestación que convocó el 7 de abril de 2010 a unos 15.000 participantes en una ciudad donde hacía tiempo que la capacidad de movilización de los movimientos sociales andaba en horas bajas¹.

De hecho, todo estaba pasando en un contexto muy especial a nivel internacional. Por un lado en este mismo período una palabra, tan en desuso en los medios de comunicación dominantes, como era la de “revolución” se tornaba de nuevo en central con el ciclo de revoluciones árabes que irrumpieron en esos mismos momentos, creando un imaginario donde la ocupación de una plaza, como la de Tahrir, devenía en el inicio de algo nuevo. Por el otro, en un período de fuertes movilizaciones protagonizadas en Gran Bretaña e Italia por los estudiantes universitarios, emergía un movimiento en Portugal que en muchos sentidos, aunque no en todos, preludiaba lo que sucedería en España. Allí unas pocas personas, sin más apoyo que una convocatoria abierta en Facebook, llamaron a una manifestación para el 13 de marzo. Para sorpresa

¹ VVAA, *Juventud Sin Futuro*, Barcelona, Icaria, 2011.

de todos, en el día señalado 300.000 portugueses llenaron las calles protestando contra la situación que estaban viviendo, en un país donde vive una cuarta parte de la población del estado español. Había nacido el movimiento: *Geração à Rasca*. Este fue el esquema básico de lo que se dio también en España, con una diferencia radical: la ocupación de las plazas.

El vacío dejado por los sindicatos y las organizaciones políticas tradicionales de la izquierda se fue llenado poco a poco de posibilidades. Su articulación encontró otro espacio: las redes². Un espacio donde las voces individuales devinieron polifonía y emergían nuevos referentes. Algunos de ellos tan sorprendentes como la canción *Revolución* de Amaral, en una resignificación de la cultura de consumo de masas, o de forma más subversiva los vídeos virales de *Anonymous* y las estéticas y tramao libertario del cómic *V de Vendetta* de Alan Moore, que se popularizó con su conversión en película comercial en 2006. En este contexto, si el discurso de *Juventud Sin Futuro* era prácticamente mimético al de *Geração à Rasca*, pronto se articuló además una nueva plataforma política que aunaba diferentes grupos, declarándose apartidista y asindical, para actuar específicamente en las redes: *Democracia Radical Ya*. Esta convocó, en el mismo sentido que se había hecho en Portugal, una manifestación para el 15 de Mayo de 2011. Unas 130.000 personas salieron el día indicado, muchas menos en términos tanto absolutos como sobre todo relativos que las que se habían movilizado en Portugal. Pero sólo fue el inicio.

En pocos días en un proceso en gran medida espontáneo se inició la ocupación de las plazas del país, destacando especialmente entre ellas la Plaza del Sol en Madrid y la Plaça Catalunya en Barcelona. Había empezado la *#SpanishRevolution*³. Un movimiento absolutamente espectacular que entre mayo y julio de 2011 fue capaz de movilizar entre seis y ocho millones y medio de personas, el 66% de las cuales participaron en asambleas y acampadas y un 34% lo hicieron también en asambleas de Barrio⁴. Este era sin duda el movimiento de protestas autoorganizado, sin ninguna organización tradicional detrás, más grande desde la transición. A su vez era, exceptuando el movimiento contra la Guerra del Golfo, el que más legitimidad contaba entre la población, entre un 70 y un 80 por ciento en sus puntas más altas lo apoyaba. Todo ello

En pocos días, en un proceso en gran medida espontáneo, se inició la ocupación de las plazas del país, destacando especialmente la Plaza del Sol y la Plaza Cataluña

2 Para el relato que sigue sobre la gestación y eclosión del 15M ver: Domènech Sampere, X., *Hegemonías. Crisis, movimientos de resistencia y procesos políticos*, Madrid, Akal, 2014, pp. 45 – 98.

3 Para un magnífico relato sobre este primer momento de eclosión, ver los textos de Ana Requena y Alba Muñoz en: VVAA, *Las voces del 15-M*, Barcelona, Los libros del lince, 2011

4 Ipsos Public Affairs, "Cantidad y calidad de apoyos al Movimiento 15M", Barcelona, 2011.

en el marco de un movimiento que, a diferencia de todos los anteriores si exceptuamos el antiglobalizador, procedía, no a tratar un tema social específico, sino a la globalidad del funcionamiento del sistema como el principal problema con el que se encontraba la población. Si los lemas iniciales hacían referencia a que *No somos mercancías en manos de políticos y banqueros*, el grito que se empezó a extender de forma cada vez más persistente entre las plazas era el *Nadie nos representa*.

El 15M en su disrupción fue un gran movimiento de deslegitimación de las retóricas políticas imperantes en ese momento. Con él palabras fuertes volvieron, para sorpresa de todos, al centro del escenario público, palabras como pueblo, democracia o revolución. Pero esa poderosa disrupción que consiguió movilizar una ingente cantidad de recursos sociales, culturales y simbólicos, paradójicamente lo primero que hizo inicialmente fue concentrarse

El 15M fue un gran movimiento de deslegitimación de las retóricas políticas imperantes en ese momento. Pero esa poderosa disrupción se convirtió en un singular marco autorreflexivo

en sí misma, en las plazas. Se convirtió así en un singular marco autorreflexivo. Cuando era conminado a desaparecer, ya fuera por la Junta Electoral en el contexto de las elecciones municipales, ya fuera por la acción de los antidisturbios en Cataluña, su reacción era imparable y se imponía al poder, pero cuando no era así su acción consistía en presentarse y autorrepresentarse, multiplicándose en el proceso por cada vez más plazas del estado español. Se trataba de denunciar el sistema y de establecer los principios de su reforma o superación. De todas

formas, esta situación difícilmente era sostenible más allá de un tiempo y en la segunda mitad de junio se pasó de nuevo de las plazas al movimiento.

En este proceso, si hasta entonces el protagonismo más evidente de la eclosión del 15M había residido en Sol, ahora recaería en el 15M de Cataluña con el intento del bloqueo del Parlamento Catalán el 15 de junio, justo cuando este tenía que aprobar el primer presupuesto de recortes. Hay varios motivos que explican este protagonismo. En el caso catalán, a diferencia de lo que sucedía a nivel de estado, había llegado ya al poder con anterioridad un gobierno con un programa neoliberal inicialmente sin complejos, el de CIU, que inició un intento de proceso acelerado de aplicación de las recetas defendidas por los organismos económicos internacionales, con la vana esperanza que esto llevaría a una salida más rápida de la crisis. A su vez, en el juego de pesos entre lo que Carlos Taibo definió como las dos almas del 15M⁵, aquella que pensaba en una reforma del sistema y aquella que veía en el sistema algo irreformable, en el caso catalán predominaron más rápidamente, por una mayor presencia anterior al propio movimiento, los sectores más radicales.

⁵ Taibo, Carlos, *Nada será como antes. Sobre el movimiento 15-M*, Madrid, La Catarata, 2011.

De hecho, el intento de bloqueo del Parlament fue un momento crucial, y extremadamente poco analizado, para entender tanto la evolución posterior del 15M en Cataluña, como la del propio gobierno de Cataluña. Ciertamente esa acción fue inmediatamente rechazada con una intensidad casi imposible de superar por el conjunto del sistema político y los medios de comunicación, pero a su vez las encuestas hechas urgentemente por los mismo medios que estaban condenando la acción, y sobre todo la masiva manifestación del 19J con medio millón de personas marchando por la calles de Barcelona, mostraban hasta qué nivel la acción tenía un fuerte apoyo social. Aquí hubo el principio de un cambio cualitativo del discurso sobre los recortes del gobierno catalán, pero por lo que atañe al movimiento se había llegado a una vía de no salida. Tanto en su faceta de movimiento autorreflexivo, como en aquella de movimiento que cuestionaba directamente el funcionamiento de las instituciones, a pesar de que el ejemplo catalán se intentó reproducir posteriormente a nivel español con las convocatorias de *Rodea el Congreso*, difícilmente se podía ir más allá.

Del movimiento a los movimientos

En este contexto, el 15M se disolvió en el intento de alimentar por un lado el tejido de los barrios, y con ello alimentarse y transformarse en ósmosis con las clases populares, y de iniciar por otro lado una nueva oleada de acciones de los movimientos sociales. Fue, en este sentido, precisamente a partir del verano de 2011 cuando un nuevo ciclo de protestas sociales se fue incrementando como producto de esta transformación del 15M. A lo largo de 2011-2012 esto significó el crecimiento imparable, tanto en términos organizativos como de incidencia, de la *Plataforma de Afectados por la Hipoteca*; la explosión de las grandes movilizaciones universitarias en Cataluña el 17 de noviembre de 2011 y el 29 de febrero de 2012 o la irrupción del movimiento entre estudiantil y ciudadano que se conoció como la *Primavera Valenciana*, movimientos no comparables cuantitativamente a ningún ciclo anterior de movilización en este ámbito desde los ochenta; o la emergencia de nuevos colectivos feministas ligados al 15M y ahora a su expansión por los barrios. En otro sentido, pero con la misma intensidad, la convocatoria de la manifestación del 15 de octubre de 2011 como una movilización a escala global, alimentó las diversas acampadas que se estaban dando en diferentes metrópolis del mundo y en especial al movimiento que se conocerá como *Occupy Wall Street*, con un enorme impacto en los Estados Unidos. Pero esta explosión de movimientos, a pesar de acrecentar las fuerzas sociales presentes en el tablero de la gestión de la crisis, estaba orientada a la esperanza de un retorno concreto que agregase todas estas luchas para revertir la situación.

Durante todo este período hubo un gran sujeto de los movimientos sociales ausente: el movimiento obrero pilotado por los sindicatos mayoritarios. Las esperanzas, alimentadas por sectores del 15M en el momento del abandono de las plazas, de que ello desembocase en una huelga general donde pudieran hibridarse la fuerza clásica de la clase trabajadora con la que se había movilizado al entorno del 15M no se realizaron. De hecho, los sindicatos no estuvieron en disposición de movilizarse hasta que no se produjo la victoria del Partido Popular el 20 de noviembre de 2012 y ello por varias razones: la amenaza de perder protagonismo como agente social ante unas movilizaciones que no impulsaban, la desaparición del peligro de aparecer como los culpables de la derrota del PSOE ya consumada y la necesidad de marcar un perfil fuerte para la nueva etapa que se abría con el gobierno del Partido Popular y la séptima reforma laboral que este quería aplicar. Se extendió en este sentido entre importantes cuadros sindicales, incluso entre los de las organizaciones más moderadas, la certitud de que el conflicto debía visualizar la ruptura del pacto social con toda su fuerza si se quería poder recuperar alguna parte del mismo. De hecho, fue en este contexto donde se dio la huelga general más importante del período el 29 de marzo de 2012 y donde se produjeron también intentos incipientes para que esa huelga tuviese un carácter que fuera más allá de parar el tejido productivo, para tomar la forma de una huelga metropolitana.

Se trataba, tomando como ejemplo intentos en el mismo sentido que se habían dado en Estados Unidos, no sólo de parar los talleres y fábricas, sino de parar todo tipo de flujo económico (comercial, financiero, puertos, etcétera) y para ello en algunas ciudades se dio un reparto de roles más o menos implícito entre las fuerzas sindicales tradicionales y las nuevas fuerzas sociales emergentes, jugando un papel esencial aquí las asambleas de barrio. Eso dio una capacidad ingente de movilización a este conflicto. La imagen del piquete alternativo movilizado desde los barrios ocupando todo el Paseo de Gracia de Barcelona fue quizás uno de los momentos paradigmáticos del momento. De hecho, esa huelga tuvo un gran impacto en los principales diarios internacionales como *Financial Times*, *The New York Times* o *The Washington Post*, pero no consiguió ser una huelga metropolitana. Es más, la represión posterior en forma de centenares de detenidos, en operaciones que se extendieron durante meses, impactaron fuertemente en las nuevas formas organizativas de los barrios. Finalmente, de nuevo, el resultado de la huelga no tuvo prácticamente efectos en el campo político de forma inmediata. Contexto en el que cuando llegó el 15 de mayo de 2012, con la celebración del primer año de la emergencia del 15M, la realidad fue que este devino en una mera conmemoración de sí mismo. Parecía que ya no se podía ir más allá.

Los movimientos de protesta siguieron durante 2013, ahora transformados en mareas ciudadanas, con diferentes ritmos e intensidades según el

momento y con una gran fuerza en la capital del Estado. Estas movilizaciones que desbordaban las formas más clásicas del sindicalismo tradicional se centraban en la defensa de los puntos nodales del pacto social en su forma de derechos sociales. Así la *Marea Blanca* incidía en la defensa de la sanidad pública, mientras que la *Marea Verde* lo hacía en relación a la Educación Pública y la *Marea Naranja* se centraba en los Servicios Sociales. A su vez, emergían nuevos movimientos contrarios a las fuertes corrientes recentralizadoras del Estado. En este caso los *Diktats* de la Troika impuestos siempre de arriba abajo (de la Troika al gobierno central, de éste a las comunidades autónomas y los entes municipales) necesitaban de una acumulación de poder en el centro del Estado que encontró su aliado natural en las tentaciones y pulsiones de homogeneización nacional española frente a las nacionalidades históricas. Esto tuvo efectos más que evidentes en el marco de la eclosión del desafío catalán a finales de 2012, aunque algunos aspectos del mismo también tienen que ver en el agotamiento del impulso inicial del catalanismo conservador evidenciado con la acción del 15 de Junio de 2011 y sus resultados. Pero también ha dado combinaciones diferentes. Este fue el caso de las impresionantes movilizaciones de un nuevo tipo de *Marea Verde* vividas a principios de 2014 en las Islas Baleares. Su principal activador fue la defensa del catalán en las escuelas pero ello iba ligado indisolublemente también a la defensa del modelo de enseñanza pública.

De hecho, el ciclo de movilizaciones iniciada en 2012 después de la retirada del centro de atención del 15M ha sido continuado, con momentos depresivos y acumulando también frustraciones, hasta llegar a su cenit con las *Marchas de la Dignidad* del 22 de mayo de 2014. Esta movilización, que ha afectado en su momento central a más de un millón de personas, articulada desde plataformas locales, sintetiza las grandes características de la problemática de los movimientos sociales en este nuevo período. Una capacidad de movilización inusitada, pero una baja capacidad de transformar las políticas generales y la vida de las mayorías. Estos movimientos se han movido en este sentido en el marco de la resistencia, y en ella han conseguido frenar una mayor profundización en el proyecto neoliberal, han tenido una gran incidencia en la deslegitimación del sistema político y han reforzado un nuevo sentido común. En el sexto año ya de la crisis, con por lo menos tres años de una fuerte movilización social, lo cierto es que ahora mismo ya hay una generación de ciudadanos que entraron en esta nueva época como niños y se han hecho mayores de edad en ella. Han vivido así su maduración en el marco de una realidad cada vez más precaria donde han experimentado fuertes y constantes movilizaciones sociales, formándose directamente en un nuevo senti-

Los movimientos de protesta siguieron durante 2013, transformados en mareas ciudadanas, con diferentes ritmos e intensidades y con una gran fuerza en Madrid

do común donde la cultura de la protesta juega un papel fundamental, pero también lo tiene la frustración ante la falta de cambios concretos. Quizás sólo la *Plataforma de Afectados por las Hipotecas* ha roto más claramente este cerco y de ahí su relevancia, produciendo con acciones específicas concretas cambios de vida. Pero incluso ella, cuando ha intentado producir cambios generales, a partir de la Iniciativa Legislativa Popular por la dación en pago presentada en mayo de 2013 con un millón y medio de firmas, se ha encontrado de nuevo ante un sistema político cerrado y fuertemente condicionado por el poder financiero. Ese es, finalmente, el muro contra el que se han encontrado todos los movimientos sociales desde 2010 hasta hoy, el muro que ahora se pretende asaltar.

El paso a la sociopolítica...

La eclosión del 15M y su momento de máxima expresión, con su demanda de una mayor democracia para ligar el sistema a la soberanía popular y no a las soberanías de los poderes económicos, tuvo una respuesta contundente ya muy pronto. En agosto de 2011 el Presidente del Gobierno en esos momentos, José Luis Rodríguez Zapatero, pactó con el jefe de la oposición, Mariano Rajoy, una reforma exprés de la Constitución. La misma, en el nuevo articulado de su artículo 135, daba prioridad absoluta al pago de la deuda contraída con los mercados financieros por encima de cualquier otro criterio, a la vez que convertía las políticas de austeridad en principio constitucional. Esta fue la respuesta más clara, e incluso brutal, sobre cuál sería la actitud del sistema político ante las demandas de los movimientos sociales. Actitud que se ha mantenido de forma inalterable hasta día de hoy y que ha llevado a la crisis de legitimidad de toda la arquitectura constitucional salida de la transición, tanto en términos sociales, como nacionales. Si el sistema es incapaz de metabolizar, aunque sea mínimamente, una pléyade de demandas, finalmente todo él deviene en el problema. Es también por ello que las tensiones sociales y nacionales han devenido en un conflicto sobre la propia democracia. Ella es la que falla para estos movimientos sociales y políticos, ella es lo que se reclama. Pero si esta crisis es evidente, también lo es que el modelo de actuación de los movimientos sociales ha sufrido una mutación de raíz.

Ante el cierre a procesos de cambio políticos tradicionales, donde los movimientos reclamaban y el sistema político metabolizaba en un sentido u otro, estos se han desarrollado a partir de tres grandes líneas, a menudo entrecruzadas.

La primera de ellas percibe que el ciclo de derrota es un ciclo largo y que las posibilidades de transformar la realidad desde las instituciones, ya sea interpellándolas ya sea participando en ellas, es escasa y que, por tanto, el úni-

co trabajo que tiene futuro es el de establecer redes sociales de apoyo mutuo, generando cooperativas de trabajo y servicios, y acrecentando la satisfacción de las necesidades sociales fuera de la esfera del capitalismo y el Estado.

La segunda desarrolla nuevas formas de presión hacia el sistema político, que toman morfologías típicas de los movimientos de protesta de finales del XVIII y principios del XIX, aumentando los escenarios de tensión. Así vemos como las cerraduras propias de siglos pasados, ahora llamadas escraques, o las explosiones de motines populares, propios de la economía moral de la multitud anteriores a los procesos industrializadores, toman forma en episodios como el de Gamonal en Burgos a principios de 2014 o más recientemente en el barrio de Sants de Barcelona.

Y, finalmente, la tercera línea ve necesario el paso a la acción política más directa en el intento de asaltar unas instituciones que en la dialéctica entre movimientos sociales y sistema político ya no dan ningún tipo de respuesta.

Ciertamente esta última línea es la que ahora mismo ha tomado más relieve a nivel público. La misma es imposible entenderla sin la dinámica generada por los movimientos sociales desde el 2010 hasta hoy. Si por un lado han sido ellos los que han tenido un papel protagonista en la deslegitimación del sistema político y sus actores principales, también es en gran parte desde ellos desde donde se ha generado el impulso hacia la política institucional. El primer aviso sobre esta evolución se dio en Cataluña con las elecciones al parlamento autonómico a finales de 2012. En este caso tomó una forma híbrida con la irrupción de la CUP que era un fenómeno político muy anterior, propio de los espacios del independentismo anticapitalista, pero que puso como cabeza de lista a un candidato independiente, ligado a los movimientos sociales alternativos y que tuvo un papel destacado en el 15M de Barcelona: David Fernández. Pero sólo fue el principio.

El surgimiento de otro tipo de movimientos, ya no sociales sino sociopolíticos, como el *Procés Constituent* en el mismo espacio catalán o *Podemos* y el *Partido X* en las elecciones europeas o, más recientemente, la propuesta liderada por la antigua portavoz de la PAH Ada Colau en el marco de las elecciones municipales de Barcelona indican que este camino se va acelerar y multiplicar en adelante. Cada una de estas propuestas no responden exactamente a las mismas lógicas, pero sí que les impulsa una misma aspiración, exceptuando quizás el caso de la CUP. Ésta última mantiene discursivamente y de forma un tanto identitaria como secundaria la posibilidad institucional, en la idea de que nos encontramos en un ciclo largo de derrota donde hay

Muchos ven necesario el paso a la acción política más directa para asaltar unas instituciones que en la dialéctica entre movimientos sociales y sistema político ya no dan ningún tipo de respuesta

pocas oportunidades en este campo. Contrariamente el resto de propuestas hacen de la crisis del sistema político una oportunidad para configurar nuevas mayorías institucionales conectadas con la fuerza de la calle. Esa sería la aspiración común; a partir de aquí, la forma de articular esas nuevas mayorías difiere. En este sentido el *Partido X* que apostaba claramente por un discurso meritocrático, desideologizado y con un *target* centrado en las nuevas clases medias, parece que ha quedado ya fuera de la partida, aunque sus activistas más que probablemente se reinventarán en nuevos escenarios como parece apuntar su incidencia en la contienda de las municipales para mayo de 2015. Su fallida se debe quizás a que intentaron articular un proyecto político que podía ser válido para el 2011, pero ya no para el 2014. En este sentido, en el proceso vivido durante estos años los contornos de clase de los movimientos de protesta se han hecho cada vez más acusados.

Si el 15M podía emerger como un movimiento de carácter interclasista lo cierto es que en su avance, paralelo al avance de una crisis que debilita cada vez más la existencia del mito y la realidad de unas clases medias mayoritarias, los movimientos sociales devienen básicamente en movimientos de defensa de las clases populares.

Por otro lado *Podemos* parte de un proyecto deudor de la idea de construcción de una mayoría nacionalpopular, muy ligado a las experiencias latinoamericanas, que ha conectado mucho mejor con este tipo de evolución experimentado durante el último ciclo. De hecho, su evolución parece por ahora no conocer techo electoral, sus únicos posibles límites se encuentran en conseguir acompañar su acelerado crecimiento electoral con su articulación organizativa y solucionar cómo articular un fuerte discurso nacional español de base populista en un estado donde conviven diversas identidades nacionales en conflicto.

En este sentido, *Procés Constituent* que es la única opción que todavía no ha entrado en la arena institucional hace precisamente de una de estas realidades nacionales en conflicto, Cataluña, su base de actuación con el intento programáticamente más acabado de apertura de un proceso constituyente que rehaga las mismas bases de la democracia.

Y, ya finalmente, el proyecto liderado por Ada Colau ha empezado por la escala más baja del poder institucional –el Ayuntamiento de Barcelona– y por ello también más cercana a los movimientos sociales, como también a las tendencias que han iniciado el camino de construir nuevas redes económicas, sociales y culturales.

Pero esto, en realidad, es sólo el principio de un nuevo cambio de escenario radical donde difícilmente las viejas fuerzas políticas podrán recuperar la iniciativa. El 22M de 2014 cierra en cierto sentido el ciclo iniciado en 2010, para abrir uno nuevo. La misma eclosión del 15M es incomprensible sin el ciclo electoral que empezó con las municipales del 22 de mayo de 2010 y se

cerró con las generales del 20 de noviembre de 2011. Allí la democracia, en su forma electoral, se conectó de nuevo a la sociedad y entremedio creció un movimiento que denunciaba su desnaturalización. Hemos vuelto a retomar este ciclo con el 22M en la calle y el resultado de las elecciones europeas en las urnas, un nuevo ciclo que, como mínimo, va a durar hasta finales de 2015. Y donde ahora la respuesta va a ser doble: en la calle y en las urnas.

En este contexto los esquemas de análisis de los movimientos sociales de los ochenta y noventa ya nos sirven de poco. La misma idea de unos Nuevos Movimientos Sociales “postmaterialistas” es inaplicable en el momento actual cuando incluso estos Nuevos Movimientos Sociales se readaptan e interactúan con el grueso de una conflictividad que tiene en su centro lo social y no lo cultural. En este mismo sentido, la separación entre movimientos sociales y movimientos políticos, aunque guarde su lógica, también deviene en precaria cuando lo político deviene en central de nuevo y la concertación social parece cada vez más un mero freno gradual de una tendencia de fondo, la de la ruptura de los pactos sociales que se va imponiendo. Y, finalmente, estos mismos movimientos toman una dimensión global al no actuar sólo en la sociedad y transformarla con ello, sino en mostrar a su vez una aguda tendencia a producir una nueva sociedad y una nueva política. Deberemos también nosotros construir nuevas herramientas analíticas, para lo que es en definitiva un nuevo tipo de mundo.

